

centran su interés en un fenómeno tan importante en el desenvolvimiento reciente de nuestras ciudades como es el papel desempeñado por los poderes públicos en la promoción de viviendas. Elección comprensible, si se tiene en cuenta el hecho de que pese a todas sus carencias y penurias las unidades residenciales fruto de esa actividad inmobiliaria quizá constituyan el legado urbanístico más coherente del régimen anterior, etapa durante la cual se materializa el grueso de ese tipo de actuaciones.

Esa línea argumental informa el contenido del libro objeto de este comentario, lo mismo que anteriormente lo había hecho en otros como *Barrios de promoción oficial en Madrid (1939-1976)* de Luis MOYA, (1983), que puede ser considerada la primera aportación notable en este campo, y más recientemente (1989) el de Fernando GAJA titulado *La promoción pública de vivienda en Valencia (1939-1976)*. Si desde el punto de vista cronológico se trata de la tercera aportación, ese mismo orden es el que ocupa la capital castellana objeto de la misma, en cuanto a su rango. Tercer escalón, el de las ciudades de tamaño medio, que congrega buena parte de las urbes españolas, ofreciendo problemas similares.

Los siete capítulos en que se divide esta obra, abarcando el periodo comprendido entre la inmediata postguerra y mediados de la década de los sesenta, pueden desglosarse a su vez, atendiendo a su línea argumental en dos apartados.

De un lado está el que agrupa los cuatro primeros, que orientan sus argumentos hacia los aspectos normativos y estratégicos de la política oficial en materia de vivienda, así como los insuficientes resultados de la misma, en orden a solucionar el problema de alojamiento planteado por las capas sociales más necesitadas.

Sin ánimo de restar un ápice del interés que indudablemente tiene esta parte del libro, se la puede achacar el excesivo detenimiento con que se examina algo que ya lo ha sido con profundidad en textos anteriores, como es el complejo entramado de la legislación franquista sobre vivienda. Remitir al lector en lo concerniente a aquellos aspectos más generales a obras como la de Luis MOYA, mencionada más arriba y que se incluye en la bibliografía, contribuiría a aligerar su lectura, particularmente la del primer capítulo, evitando de ese modo reiteraciones innecesarias. Otra observación que cabría hacer es la de utilizar como única base documental el *Censo de Edificios y Viviendas de 1950*, publicado por el INE, para sustentar la argumentación de todo un capítulo, concretamente el segundo, donde se pasa revista a las deficiencias del parque inmobiliario vallisoletano en la década de 1940.

Mayor interés reviste, en la modesta opinión

de quien escribe estas líneas, el bloque integrado por los tres últimos títulos de este libro. En ellos se ponen en relación los rasgos morfológicos y de localización de las barriadas de iniciativa pública con las características demográficas y sociolaborales de las gentes que los habitan, para finalizar con un análisis de las repercusiones urbanísticas.

Las enseñanzas que se extraen de esta obra reafirman las aportaciones de otras publicaciones anteriores, bien bajo el formato de artículos, o más raramente, como ya se ha observado con anterioridad, de libros. Al mismo tiempo, nos da la medida exacta de la importancia que revisten las actuaciones inmobiliarias de los distintos organismos públicos en una ciudad de tamaño medio, afectada por un destacable proceso industrializador con arranque en la segunda mitad de la década de los cincuenta y máximo auge en la siguiente.

Los datos que aporta el autor del trabajo objeto de comentario son los siguientes: las 8.000 viviendas sumadas los 25 grupos que subsisten en la actualidad, de los 27 levantados en el lapso temporal reseñado, con un total de 9.440 alojamientos cobijan en torno al 10 % de la población vallisoletana, y las 85 has que ocupan aportaron el 47 % del crecimiento espacial registrado en esa ciudad entre 1931 y 1956. Ello sin tomar en consideración los barrios que obedeciendo a similares rasgos constructivos, de emplazamiento y contenido social han sido construidos por la iniciativa privada, muchas veces en proximidad a los anteriores, personalizando de ese modo amplios sectores de la periferia.

Caracterización, cuya seña de identidad más llamativa en el momento presente es la de su aspecto deteriorado, que denota la mala calidad de su fábrica y el abandono a que los ha sometido la Administración, una vez termina de edificarlos y cumplidos sus fines propagandísticos.

En suma, nos hallamos ante un buen trabajo, imprescindible para comprender un retazo muy importante de la reciente historia de las ciudades españolas.— MANUEL ANGEL SENDIN GARCIA.

*Un sólido manual español de geomorfología**

Está claro que era indispensable que, a estas alturas, se escribiera un manual universitario de Geomorfología por un profesor español. Ser profesor debe querer decir ser generoso: intentar saber para transmitir inmediatamente ese conocimiento, sin reservas. Una de las formas fundamentales de efectuar esa transmisión es mediante los manuales de materias específicas, dada la estructura de nuestra enseñanza. La carencia de manuales adecuados crea

* MUÑOZ JIMENEZ, Julio: *Geomorfología General*. Madrid, Síntesis, 1992, 351 pp.

dependencias, desajustes, en ocasiones verdaderos vacíos didácticos; la existencia sólo de manuales extranjeros, que pueden ser científicamente correctos, no permite siempre una utilización adecuada al marco pedagógico propio, al menos en la enseñanza geográfica. En el caso de la Geomorfología es, además, importante que el autor sea un geógrafo, que inserta el conocimiento del relieve en el ámbito de la explicación de los paisajes. Pero, sobre todo, los que generacionalmente leímos a Weber no como una cuestión erudita, sino como una fuente de reflexión, seguimos opinando que es muy importante en ciencia, en sabiduría lo que se hace con pasión, porque de ello se derivan valores especiales. Esta condición justamente la tiene el autor de este libro por la materia que en él explica. Ello hace de este manual generoso un libro capaz de comunicar, de interesar, de explicar lo que el lector está pidiendo — está escrito desde el lado del estudiante, desde sus necesidades—, más que si estuviera sólo pensado desde un frío cálculo. Es una obra también concienzuda, seriamente planificada, el trabajo de un infatigable trabajador, experto en sierras, llanos y litorales; es una obra madura, profesional. En todo momento es un libro inteligente, que obliga al lector a seguirlo con la mente bien despierta y atenta. Es un libro fácil, porque todo está ordenado, explicado; es un libro difícil, porque es exigente en cada línea. Julio Muñoz ha escrito un sólido manual de Geomorfología, en beneficio de nuestros universitarios, con independencia de criterio, incluso contra corriente si ello es conveniente para ser fiel a la explicación que requiera la realidad. ¡Si nosotros hubiéramos tenido un libro así!

Se trata de un manual de iniciación a la materia, de entrada correcta y completa. En concreto a la Geomorfología *General*, es decir a sus principios y a sus componentes esenciales, lo que equivale a un primer curso monográfico sobre esta ciencia. Tales componentes están proporcionalmente tratados y en su orden lógico, con las ideas clave y los elementos que componen cada tema, con los conceptos en uso y sus enfoques actuales, claramente expuestos, razonadamente concatenados y detalladamente pormenorizados, de modo que, en todos los casos, hay descripción e interpretación: quien lea un capítulo se enterará de ese relieve o ese proceso y de las formas, estructuras o mecanismos que lo componen; quien lea el libro se enterará de las causas, tipos y elementos de las formas de la Tierra. La imagen propuesta está extraída de la experiencia directa de los paisajes, del hábito de su análisis y del oficio de su explicación, que arman la madura formación del autor, y ese oficio se decanta en ideas bien centradas, en fundamento geográfico. Debo insistir en que este manual es, por todo lo dicho, un buen libro y, además, de Geomorfología geográfica, que explica las formas de relieve entendidas «geográficamente», que las dispone de modo que sirvan para el quehacer más global del geógrafo, sin que ello sig-

nifique un planteamiento exclusivo o parcial, pues es bien sabido que lo verdaderamente geográfico «incluye», da referencia y armazón a lo demás. El problema común es a la inversa, cuando otros enfoques restrictivos no dan cabida a la mayor amplitud de eso que venimos llamando *lo geográfico*, constitutivamente integrante.

Paso a paso, el libro conduce por el siguiente itinerario: una reflexión sobre el objeto de la Geomorfología y su puesto entre las ciencias, el pensamiento científico, las disciplinas tangentes (y secantes), sus factores, sus límites, su pasado, su sentido, sus escuelas, sus componentes, su definición, su división, el estudio de las formas y de su génesis. Lógicamente, estos últimos apartados constituyen la mayor parte del libro: morfología estructural, dinámica y climática. Empieza a ser raro, desgraciadamente, ver desarrollada en un manual la Geomorfología estructural, como también lo es en la investigación; por ello, esta sección de la obra, que fundamenta, como es correcto por lógica, el resto, da solidez al tratado y ponderación a su intento de contemplar ordenadamente, sistemática y estructuralmente *toda* la realidad morfológica, y también otorga al libro una carga de información infrecuente en otros manuales.

El estudio de las morfoestructuras trata las bases indispensables procedentes del conocimiento geológico, los materiales de la corteza terrestre, los fundamentos tectónicos del relieve (estructuras de deformación, de dislocación y alóctonas), relieves estructurales controlados por la tectónica (aclinal, monoclinal, plegado, fallado, apalechense) y por la litología (granítica, volcánica, formas kársticas). La morfodinámica incluye el análisis de las fuerzas morfogénicas y las condiciones ambientales, los procesos de meteorización, de transporte en vertientes, en masa, de arroyada, la acción fluvial, el modelado de lechos, los glaciares y su acción morfogénica (tipos, flujos, erosión, formas, sedimentos), el modelado causado por el viento y por las aguas marinas. La morfología climática contiene los sistemas morfogénicos y la influencia del clima en la morfogénesis, el papel de la cubierta biótica, el bioclima como base de explicación de los sistemas morfogénicos y la división morfoclimática del globo: dominios morfoclimáticos, diferenciación morfoclimática, zonalidad, zonas fría, xérica, templada, tropical, de montaña. El tratamiento prima, como el título indica, lo «general», de modo que los apartados de morfología estructural y dinámica ocupan la parte más extensa del libro. Del mismo modo, el enfoque no parte de una tipología de formas sino de las bases explicativas de los relieves. La morfología climática presenta, así, modalidades, cuyos caracteres generales son establecidos sin particularizar en extensión los de los dominios concretos.

Es éste un trabajo, comentaba antes, de experto. A esa experiencia en la materia que se expone se

suma la ponderación en la administración de conocimientos derivada de la práctica en la enseñanza. A estas dos bases se une otra: la lucidez sobre lo que se está hablando, desde esa implantación profesional en la Geografía (evocadora hasta en el nombre de la editorial, «síntesis», y en el de la colección, «espacios»). La Geografía Física es tomada desde el arranque del libro como el marco adecuado de la Geomorfología. El análisis de los puntos de partida en Von Richthofen y Penck, en contraste con Davis, permite definir desde el arranque de esta ciencia su tendencia paisajista, clasificatoria, de relación entre factores y en el espacio, que se integrará en la escuela del Landchaft, en los planteamientos corológicos y naturalistas de los geógrafos europeos. Escribe, así, Julio Muñoz: «Ciertamente, quien aborde el estudio del relieve desde una base geográfica y con una finalidad geográfica se ha de sentir mejor instalado dentro de este marco más concreto y global, ha de funcionar sobre unas bases más amplias y firmes... y ha de percibir que la investigación se dirige por el camino que le interesa, haciendo que los resultados sean más importantes y valiosos. Podría decirse que hay una Geomorfología geográfica, que pone su acento en las formas y en el marco en que se desarrollan, y una Geomorfología geológica, especialmente enfocada hacia los procesos de modelado y sus bases mecánicas, físicas y químicas. Ambas Geomorfologías se complementan y apoyan mutuamente».

Como prueba de esa concepción geográfica valgan las siguientes frases sobre la morfología climática: «el clima actúa como factor limitante en la determinación de la amplitud ecológica de los procesos de modelado y como control básico de su intensidad y ritmo de funcionamiento... Si el contacto se ve interferido por la presencia de cubiertas vegetales o edáficas relativamente importantes, la incidencia morfodinámica del clima sobre los afloramientos rocosos se hace básicamente indirecta, no alcanzándose niveles de correlación tan altos entre los valores de sus elementos y los de presencia o actividad de los procesos... En la Geomorfología actual se designa con el nombre de "sistema morfogenético" al conjunto de procesos interrelacionados que realizan el modelado de un territorio en conformidad con las condiciones medioambientales del mismo; unas condiciones en las que los componentes bióticos pueden tener mayor o menor importancia, según la extensión, continuidad y persistencia de su recubrimiento superficial».

En otro orden de cosas, la sistemación de los temas hacen de este manual un objeto de estudio basado en la razón. Cada tema encierra, con lógica muy clara, la descripción y definición del fenómeno, las ideas principales que lo interpretan, sus causas y factores, sus elementos constitutivos y las formas resultantes: un ejemplo brillante de exposición, que debe resaltarse, es el del relieve «apalachense», pero no es sino un caso de los 198 temas tratados

sin una sola fisura. Los alumnos de Geomorfología tienen, pues, donde aprender. Sin olvidar la vieja lección de Emmanuel de Martonne, que en 1909 escribía: «el estudio del relieve es la parte más importante de la Geografía Física. Se podría considerar este estudio como la base de toda Geografía». Es decir: como la base del conocimiento del paisaje.—
EDUARDO MARTINEZ DE PISON.

RESEÑAS

SOUTO GONZALEZ, Xosé M.: *Vigo. Cien años de historia urbana (1880-1980)*. Vigo, Edicions Xerais de Galicia, 1990, 636 págs.

La ciudad de Vigo pasó de tener unos 8.000 habitantes en 1873 a 258.724 en 1980 (sic). Un crecimiento demográfico que conlleva la formación de una estructura urbana compleja y una diversificación de la base productiva. Esta se apoyó durante muchos años en las ventajas que reportaba la situación de la ciudad en la ría que le proporcionaba una riqueza pesquera que fue explotada desde la segunda mitad del siglo XVIII e impulsada por capitalistas catalanes, riojanos y cántabros. El comercio con América y Gran Bretaña y el transporte de emigrantes contribuyeron igualmente al desarrollo de la flota y de la industria naval.

Así, entre 1880 y 1925 se fue formando un grupo empresarial dedicado a la conserva de sardinas, consignación de buques y a los astilleros. Este grupo se interesó también por los negocios inmobiliarios, al igual que los emigrantes americanos más afortunados. El espacio urbano experimentó una primera fase de transformación, ganó superficie y se diferenció social y funcionalmente: la burguesía se asentó en edificios que incorporaron el estilo del momento en la zona oriental, sobre el ensanche promovido por García Olloqui (1870); se formaron barrios obreros en la periferia (Canceleiro, Casablanca,...) y paulatinamente se incorporaron a la ciudad los núcleos rurales más próximos, que desde 1893 estaban comunicados por el tranvía.

A comienzos de los sesenta se inició una nueva etapa expansiva apoyada en la construcción de un nuevo puerto comercial a partir de 1959; la renovación de la flota pesquera, que impulsó a su vez las construcciones navales, dedicada ahora en su mayor parte a la congelación de la pesca en alta mar; y en la designación de Vigo-Porriño como polo de desarrollo, lo que permitió la expansión de la industria de transformación de la pesca, la química y la construcción de automóviles (Citroën).